**Amores humanos, divinos amores**

José María Becerra Hiraldo

Catedrático de Lengua española. Jubilado

Uno de los temas esenciales de la poesía es el amor. La Biblia habla del amor, el humano, el divino, el espiritual, el alegórico, el metafórico, el platónico. Dentro de la Biblia los poemas del Cantar de los Cantares son un paradigma de amor, sujeto a distintas interpretaciones. Vamos a fijarnos en dos manifestaciones universales del amor: los enamorados se alaban entre sí (hoy ella dice ‘cariño’, y él contesta ‘chatilla’), y los enamorados juegan al desdén (él dice ‘ahora voy’, y ella contesta ‘ahora no estoy’). Vamos a verlo en el Cantar.

Habla la esposa en el Cantar de Salomón: «Sabed, amigas mías, que mi Amado es luminoso y destacado, luminoso porque brilla desde lejos, destacado entre mil hombres porque es el abanderado de todos. Su cabeza es gentil y bien proporcionada, como hecha de oro repujado, sin ninguna falta ni tacha. Sus cabellos negros como el cuervo y rizados como las olas del mar. Sus ojos, brillantes como los de palomas torcaces recién bañadas en las aguas mansas del río, llenos como los de palomas tripolinas asentadas en sus nidos. El rostro de mi Amado es como una era de flores olorosas dispuestas en un campo de yerbas y plantas aromáticas de Palestina. Sus labios como azucenas de color carmesí. Las sus manos, rollos de cedro, rematadas de piedras preciosas. Su pecho es blanco y reluciente, como pieza de marfil. Sus piernas, como columnas de mármol asentadas en un basamento de oro fino. Su figura, hermosa y bien dispuesta, se eleva inhiesta como el monte Líbano, lleno de espesos y deleitosos árboles. Su hablar, dulce y amable. Tal es mi Amado, compañeras, tal es mi querido, que por nada del mundo perderé».

Contesta el Esposo: «Sabed, compañeros, que mi Amada, mi amiga se parece a la elegancia de Tirsá y a la majestuosidad de Jerusalén. Su presencia, como la de un ejército en orden de batalla, banderas y estandartes levantados, lo puede todo y lo allana sin ponérsele cosa delante que no se rinda. Tal es su figura que me avasalla, que me deslumbra, que me roba con sus ojos y me traspasa el corazón. Entre todas las mujeres de mi vida, una es la mi paloma, la mi perfecta, la que me encandiló con su virtud. Miradla cómo se levanta, que no parece sino el alba cuando asoma rosada y muy hermosa. Miradla, que es tan bella entre las mujeres como la luna entre las menores estrellas. Qué digo, es resplandeciente y escogida entre todas como el sol, entre todas las lumbreras del cielo. ¡Cuán lindos son sus pasos, cuán graciosos son sus pies, y con qué gracia los mueve la de corazón gallardo y generoso! Subiré a la vid y asiré sus racimos, y serán sus pechos como racimos de la vid, y el aliento de su boca como el olor de las manzanas, y el su olor como vino bueno que hace hablar labios de durmientes. Tal es mi Amada, compañeros, tal es mi querida, que por nada del mundo perderé».

 Lo mismo pasa con los juegos de los enamorados. Dice el Esposo: «Yo vine a mi huerto, oh Esposa mía, cogido he mi mirra y mis aromas. He comido mi panal y mi miel, mi vino y mi leche he bebido. Lo bebí con mis amigos hasta embriagarnos. Y tú no estabas». Como por ensalmo aparece la Esposa y dice: «Yo dormía, pero mi corazón velaba: oí la voz de mi amado que llamaba: Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, perfecta mía; porque mi cabeza está llena de rocío, mis cabellos de las gotas de la noche. Pero heme desnudado mi ropa; ¿cómo la tengo de vestir? He lavado mis pies; ¿cómo los tengo de ensuciar? Mi amado metió su mano por el agujero de la puerta hasta el aldaba de dentro, y a su toque mis entrañas se conmovieron dentro de mí. Yo me levanté para abrir a mi amado, y mis manos gotearon mirra, y mis dedos mirra que corría sobre los goznes del aldaba. Abrí yo a mi amado; mas mi amado se había ido, había ya pasado: Mi ánima se me salió en el hablar dél. Busquélo y no lo hallé. Llamélo y no me respondió. Halláronme los guardas que rondan la ciudad: Hiriéronme, llagáronme, quitáronme mi manto de encima los guardas de los muros. Yo os conjuro, oh doncellas de Jerusalem, si hallareis a mi amado, que le hagáis saber cómo de amor estoy enferma. Pienso que mi Amado descendió a su huerto, a las eras de los aromas para apacentar en los huertos, y para coger los lirios. Yo soy de mi amado, y mi amado es mío. El apacienta entre los lirios».